



DOSSIER

A MIS MAESTRAS VENIDAS DEL SUR

MARÍA JOSÉ GARCÍA ORAMAS

Tuve la fortuna de formarme como psicóloga con varias maestras que llegaron exiliadas a México en los años 70's forzadas por las dictaduras de Chile, Argentina, Guatemala. Ellas trajeron consigo, además de sus valijas, sus recuerdos y sus nostalgias, sus propios proyectos personales y profesionales, los que habrían de consolidarse en México. Una vez instaladas en este país, contribuyeron al desarrollo de la salud mental diversificando su campo de acción y priorizando la formación de nuevos(as) profesionales.

En este escrito pretendo rescatar su legado haciendo un ejercicio de recuperación de la memoria en tanto ello implica no solamente vencer al olvido como fuente permanente de injusticias que se repiten, sino además, el reconocer que, aún en medio de la desgracia, los seres humanos somos capaces de generar cambios, de aprender a beneficiarnos de las experiencias de la vida, incluso de las más dolorosas y destructivas como el exilio, para re-construirnos subjetivamente y crear nuevas historias esperanzadoras tanto de éxito profesional como de desarrollo personal y colectivo, tal y como ellas me lo enseñaron elaborando sus propios duelos de una manera reparadora, generosa y solidaria para quienes en los países de acogida comenzábamos a formarnos en el campo de la salud mental.

Mis maestras, junto con muchas otras mujeres, contribuyeron a la transformación de la psicología en México mediante un trabajo innovador y solidario que, poniendo el énfasis en el trabajo multidisciplinario, internacionalista y en equipo, así como en la formación de nuevos profesionales, permitió un avance significativo en la materia en un momento en que la psicología de mi país se nutría fundamentalmente de teorías y concepciones metodológicas de abordaje en salud mental que venían del Norte, particularmente de los Estados Unidos. Estas, priorizaban la psicología experimental y, en el terreno de la

clínica, la atención individual y remedial de los enfermos mentales, encaminada a su re-adaptación social. Por el contrario, la Psicología que vino del Sur, traída a México por profesionales venidas del exilio latinoamericano, se benefició de sus experiencias en la medida en que, en sus países de origen, impulsaron nuevas formas de abordaje a la salud mental enfatizando la relevancia de la promoción de la salud colectiva en contextos multidisciplinarios democratizadores y libertarios, procesos que se vieron truncados con la instauración de las dictaduras.

Y si bien es cierto que los protagonistas de este desarrollo no fueron sólo mujeres, en este trabajo destaco su labor en tanto jugaron un rol diferenciado como profesionales de la salud mental privilegiando el trabajo solidario y en equipo para la atención de los grupos más vulnerables así como la formación de nuevas generaciones de psicólogos(as) y psicoanalistas comprometidos(as) con los grupos etarios y los sectores menos favorecidos de la sociedad, desempeñando su labor profesional desde una ética de trabajo regida por la justicia social. Para ello, fundaron nuevas asociaciones y colectivos organizados en redes internacionalistas y multidisciplinarias.

LAS PROTAGONISTAS Y SUS LECCIONES

LETICIA CUFRE MARCHETTO

Leticia Cufre vino a México de la Argentina egresada como psicóloga clínica. A fines de 1977 tuvo que salir exiliada de este país, primero hacia Brasil y de ahí a México en diciembre de 1980 cuando las autoridades brasileñas empezaron a presionar a los argentinos y chilenos a salir del país por un arreglo entre los militares de sus países y los brasileños.

Desde su llegada a México, comenzó a trabajar como psicoterapeuta y profesora universitaria. Antes, en Argentina había trabajado durante tres años en un hospital psiquiátrico, en el Melchor Romero donde Fidel Mossio introdujo la labor de psicólogos en la atención de los pacientes psiquiátricos y el trabajo supervisado, así como en el servicio de consulta externa del hospital francés de Buenos Aires. Además, se había formado como terapeuta de grupos con Didier Anzieu en París, Francia. Al volver de París, encuentra toda la efervescencia política de Argentina de los 60's, donde, en sus palabras: "lo que se hizo fue cuestionar todas las instituciones."

Su primera supervisora y su primer paciente en el consultorio se los mandó Marie Langer, figura central en la historia del psicoanálisis y de los exilios latinoamericanos, quien llegara a México luego de haber sido vicepresidenta de

la Asociación Psicoanalítica Internacional, cuando Melanie Klein era presidenta. Junto con otros rompe con la APA, trabaja como militante en la guerra civil española y tiene que salir exiliada a Argentina al triunfo de la dictadura de Francisco Franco.

Con Marie Langer y muchos otros, Cufre participa en la coordinadora de trabajadores de la salud mental en Argentina hasta que la asociación se disuelve amenazada por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), puesto que este colectivo planteaba un acercamiento del psicoanálisis a la teoría marxista.

Es precisamente Marie Langer quien la apoya para exiliarse en México donde a los pocos meses de llegar, y con el triunfo de la revolución nicaragüense, forman junto con otros colegas el Grupo Internacionalista de Salud Mental México-Nicaragua dedicado a la formación de promotores en salud mental. Este trabajo voluntario y solidario duró 10 años, hasta los años 90's y después se prolongó a El Salvador durante 5 años más. Iban dos o tres veces al año a dar talleres para promotores viajando con sus propios recursos.

Al finalizar esta experiencia, Leticia trabajó en Tlaxcala como secretaria técnica en salud en el gobierno de Beatriz Paredes reorganizando el primer nivel de atención en salud a través de sistemas locales con la participación de 160 mil mujeres. De ahí se mudó a Xalapa, Veracruz, donde la conocí y asistí a los cursos y seminarios de formación que impartía para profesionales de la salud mental.

Aprendí de ella la importancia del compañerismo y del trabajo solidario en equipo a través de las intervenciones que hicimos en promoción de la salud con mujeres de colonias populares de Xalapa. Trabajamos siempre en grupo, tanto en las sesiones de intervención como en las de supervisión. De sus lecciones, la más relevante para mí fue reconocer que lo más importante de nuestro trabajo no es el fortalecimiento de las instituciones ni el culto a las jerarquías académicas, sino el trabajo colectivo y el compromiso con los grupos mayoritarios de nuestros países latinoamericanos, pues como ella misma lo dice: "Creo que quizá el poner en cuestión las jerarquías y las instituciones es lo mejor que les pude transmitir a mis alumnos, lo otro la gente lo puede leer por su cuenta, los libros están ahí, la gente tiene capacidad para leer y el que tiene ganas lo lee y yo no creo que alguien aprenda porque alguien les quiera enseñar, la gente aprende cuando quiere aprender y no cuando alguien les enseñe. Ahora, lo que a mí más me importó en todo esto fue eso, a ver, te cuento una anécdota, un compañero me dice: "Bueno, pero podés dar tu orientación y tu línea" y yo le digo ¿Cuál? El se queda un poco desconcertado pensando que le estoy haciendo un chiste y me dice: "¿Pero vos no tenés tu línea de pensamiento? Y le digo no, porque yo no creo en eso. Mi narcisismo lo tengo en otro lado, nunca fue

mi interés. Me gusta todo lo que hago, lo hago con pasión, me gusta la clínica, trabajo con pacientes, con mis grupos de formación”.

SARA RUIZ VALLEJO

Sara Ruiz llegó a México desde su natal Guatemala a estudiar la maestría en psicología social en la UNAM con una beca titulada “Juárez-Lincoln”, beca mediante la cual el gobierno mexicano apoyaba con los estudios y el norteamericano con la manutención. En esos años, alrededor de 1975, y habiendo ya trabajado como psicóloga comunitaria en zonas indígenas de su país natal, comenzaba una corriente de pensamiento que se desprendía de la psicología social de corte norteamericano, más comprometida con los grupos sociales vulnerables y que se iría perfilando como lo que hoy se conoce como la psicología social comunitaria, entre cuyos autores destacan Marisa Montero y Eduardo Almeida.

En esta maestría Sara encontraría un espacio académico ideal, puesto que, en sus palabras, representaba una combinación excelente entre lo que era la psicología social y sus propios intereses de promover la justicia social trabajando con grupos desprotegidos y vulnerables. A la par, se involucró en el movimiento feminista y en los estudios sobre la mujer que se inspiraban en la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Todo ello en el marco de la celebración del Año Internacional de la Mujer que se celebró en la ciudad de México en 1976. Este acontecimiento la impactó académicamente y la motivó a seguir también por esa otra vía de estudio y aplicación del conocimiento.

En estos años de efervescencia política, también se involucró con colegas del ámbito de la sociología políticamente activos venidos de Brasil, Costa Rica y otros países latinoamericanos y comenzó un activismo social que continuaría a su regreso a Guatemala luego de finalizar la maestría y de una estancia corta de estudios en París.

De regreso a Guatemala se ubicó en la Universidad de San Carlos, donde antes había estudiado la licenciatura. Allí colaboró un año como secretaria académica de un centro universitario de formación técnica de vanguardia que pretendía incorporar al ámbito de la producción la proyección social de sus técnicos en formación, que eran estudiantes que iban a trabajar en agricultura, en formación de alimentos y en formación de grupos, tales como campesinos, agricultores, pequeños empresarios y pequeños productores. Ella relata que: "El trabajo en la Universidad de San Carlos en esa época era muy bien pagado, yo tenía un puesto como de mucho prestigio. Estuve un año, en ese año empezó

una represión verdaderamente espantosa en Guatemala. Ese fue justamente el año 79'. Pero fue de tal magnitud que fueron matando selectivamente a las personas más preparadas de la Universidad, del país, la mejor gente. Empezaron a eliminarlas selectivamente. Cada lunes era de a ver a quién mataron. De repente habías estado platicando con una persona el viernes o te había dado un curso el jueves y el lunes ya no estaba. Ese año logramos hacer varias cosas porque trabajé mucho con los que eran los profesores directos de los estudiantes, con los agrónomos también. Tenían buena formación, se trataba de vincular la producción del propio país con otras producciones sociales. Entonces yo creo que logramos ahí un trabajo bueno porque ellos se compenetraron de todas las variables sociales que incidían en su propio trabajo y que aparentemente no tenían una relación. Y luego también mejoramos las situaciones de aprendizaje de los alumnos mediante nuevas técnicas y programas de becas. Pero ya cerca del año que inició esta represión ya tan grande, pues la familia mía casi me llama a capítulo a decirme, yo creo que es hora de pensar qué vas a hacer, porque nadie va a poder responder por ti."

Frente a esta situación, se ve forzada a salir exiliada de su país pidiendo una beca para estudios de doctorado en México con la buena fortuna de que justo en estos momentos uno de sus compañeros de estudio de la UNAM, ubicado en la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana, le escribe para invitarla a ocupar una plaza de académica en esta institución. Y es ahí donde años después la conocí ya como maestra titular y con un doctorado en psicología social de esta misma institución.

Con la maestra Sara trabajé en varios proyectos de promoción social comunitaria en Xalapa, Veracruz y gracias a ella, quien impulsó la incorporación de la asignatura de Psicología y Género en la currícula de la licenciatura en psicología, imparto este curso desde 2006. Juntas hemos seguido de cerca el trabajo de los grupos feministas en la entidad a los que ella ha apoyado activamente, luchas a favor de la participación política de las mujeres, de las cuotas de mujeres en los partidos políticos, del derecho a decidir sobre el propio cuerpo, de los derechos de los homosexuales, entre otras muchas causas. Es, hasta el día de hoy, ferviente militante de la izquierda en el país.

De ella he aprendido a mantener la fe y el optimismo sobre nuestro quehacer profesional que, como ella bien lo dice, no consiste en otra cosa que en abrir y mantener espacios democráticos de reflexión y crítica para nuestros estudiantes que, aunque pequeños –como mi cátedra en psicología y género– les permitan aprender a tener otra visión del mundo, de los seres humanos.

Espacios donde, como ella lo explica: “acompañemos a los y las estudiantes para que tengan visiones diferentes y que puedan adentrarse en esos espacios de análisis diferente. Donde brindarles posibilidades, alternativas, aunque unos las tomen y otros no. Si no podemos con todos, con algunos, pero que puedan retomar las cosas y multiplicarlas. Y la experiencia me dice que ese espacio, ese análisis sí lo ha tomado mucha gente. No en la cantidad que uno quisiera pero la han tomado los estudiantes con mucha capacidad intelectual para hacerlo y con mucha valentía para enfrentarse a un mundo tan cerrado”.

Admiro a mi maestra Sara porque luego de 30 años de labor docente es capaz de afirmar: “Yo creo que esto de seguir encontrando gente que apoya, que ve las cosas diferente, que está dispuesta a comprometerse es parte de las cosas que me mantienen activa, con algo de confianza en la vida y en el mundo”. Espero parecerme a ella y mantenerme activa y con confianza en la vida en los años venideros.

MARILÚ ALLENDE

Las circunstancias en las que Marilú Allende salió de su país natal, Chile, fueron especialmente adversas. Aún cuando ni ella ni su marido militaban en el partido político del presidente Salvador Allende, al igual que muchos chilenos, participaban activamente en la vida política del país apoyando su candidatura. Nunca imaginaron que tiempo después llegaría el día en que despertarían escuchando por la radio la noticia de que no podían salir más de casa porque se había dado un golpe militar. Y precisamente su casa estaba recién estrenada y se ubicaba en una zona campirana aledaña a la ciudad. Ella y su marido la habían comprado con mucho esfuerzo, primero adquiriendo el terreno y luego edificando la propiedad. Marilú amaba su casa porque estaba rodeada de árboles y de hortalizas que ella misma había sembrado, pero tuvo que dejarla cuando su marido tuvo que refugiarse de emergencia en la embajada alemana para de ahí solicitar asilo en México, y luego, meses después, exiliarse ella misma para irse a este país con sus dos hijos pequeños.

En esos meses en que su marido ya no estaba en casa, Marilú siguió con su vida cotidiana como estudiante de psicología y como trabajadora en el observatorio de la Universidad de Santiago. Y aunque sufrió varios allanamientos de morada no dejó de apoyar a los habitantes de escasos recursos de la zona aledaña a su vivienda llevando sacos de comida en su propia camioneta, hasta que otro día se la llevaron en un convoy militar a un interrogatorio en el estadio, lugar que ella sabía era donde se llevaban a las personas para torturarlas y matarlas.

Según cuenta, se salvó casi milagrosamente de la tortura cuando un carabinero intempestivamente decidió dejarla en libertad. Escuchando su historia creo que a ello también contribuyó el carácter férreo y la valentía que la caracterizan porque, según ella lo cuenta, ya desde los cateos a su casa protestó ante los militares el que no llevaran una orden de aprehensión y, en el estadio, frente a la policía y aún cuando estaba muerta de miedo, en ningún momento dio muestra de debilidad, sino que, por el contrario, se mantuvo todo el tiempo tranquila y cuando pasó frente a un salón donde golpeaban a un maestro que identificó como alguien de una escuela primaria cercana a su casa y el policía le preguntó que por qué movía los ojos, que si conocía a alguien de allí ella le contestó: cómo me dijo? a quién? yo no conozco a nadie, ni siquiera vi. El policía insistió: cuando pasó por ahí usted cerró los ojos, dije yo bueno pues no puedo andar con los ojos abiertos las veinticuatro horas del día no, hay que cerrarlos, tiene que ser para lubricar el ojo.” Poco después, cuando empezaron a interrogarla, otro militar le preguntó: usted qué hace aquí, quiere que la interroguen? A lo que ella respondió: señor general o capitán o no sé qué es usted, yo no tengo la menor idea, no sé por qué estoy aquí, yo soy una persona que trabaja y que estudia, no sé por qué estoy aquí.”

Ya instalada en México gracias a la plaza de académico que le dieron a su marido en la Universidad Metropolitana y al apoyo que le brindó la comunidad exiliar para encontrar una vivienda e inscribir a sus hijos en el colegio, un buen día, cuando vio un anuncio de un curso que le interesaba, decidió presentarse ante Dolores Villa, directora en ese momento del Centro de Orientación Psicológica de la Universidad Iberoamericana –quien después se convertiría en su gran amiga y colega, para pedirle una beca y poder participar en ese programa pionero de posgrado en educación especial. Era una formación que se daba en colaboración con un centro norteamericano de formación, el Instituto de Aprendizaje Marianne Frostig. Y ella, quien ya contaba con una larga trayectoria de trabajo interdisciplinar en esta área, se presentó así: “Mire, yo lo que le vengo a pedir, es que me interesa mucho entrar a este programa y le puedo pagar la entrada pero yo no puedo estar pagando porque no tenemos dinero, tenemos dos niños en un colegio, alquilamos un departamento, mi marido es el único que trabaja y que tiene derecho a trabajar, yo no puedo trabajar, si usted pudiera conseguirme una beca para entrar a este programa, me ayudaría mucho.”

Y no sólo logró entrar, sino que pronto comenzó a pagar las colegiaturas con el dinero que obtenía del trabajo de atención individual a niños con trastornos de aprendizaje. Como destacó entre las mejores alumnas del programa, fue contratada en la Universidad para replicarlo entre las nuevas generaciones.

Justamente en el COP de la Ibero conocí a Marilú, cuando ya había fundado, junto con sus compañeras de generación, un centro de atención a niños con problemas de aprendizaje de vanguardia en el país. Atendían a niños con problemas de dislexia, falta de atención o hiperactividad de manera diferenciada y especializada mediante pruebas y diagnósticos innovadores en el país y, a la par, formaban a nuevos profesionales en la materia.

Si bien yo no fui nunca especialista en educación especial, me encantaba conversar con Marilú sobre su vida y su trabajo y, como también se volvió experta en terapia familiar, me supervisó en algunos casos que yo atendía de familias de escasos recursos de colonias populares de la ciudad de México.

De Marilú no sólo aprendí sobre terapia familiar sino, sobre todo, a valorar a las mujeres profesionales en sus múltiples facetas y jornadas de trabajo: como madres, como esposas, como en cualquier circunstancia, ya sea como exiliadas, como académicas, como profesionales de la salud mental. Nunca la oí quejarse o mantener una posición de víctima ante los avatares de la vida, por el contrario, siempre estuvo dispuesta a compartir su experiencia, a trabajar en equipo, a diseñar e implementar conmigo y nuestros demás compañeros del COP nuevas propuestas de intervención en psicología en apoyo a la comunidad estudiantil y académica de la Ibero.

Me enseñó también que nuestro compromiso ético se demuestra en múltiples circunstancias: desde los simples acontecimientos de la vida cotidiana hasta los grandes momentos históricos que nos atraviesan.